

Percy Bysshe Shelley

# LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA



Si el anarquismo, tiene en Tolstoi el más universal de sus novelistas, en el terreno de la poesía, ese papel le corresponde indudablemente a Shelley.

Percy abrazó las ideas anarquistas una vez que conoció a William Godwin, padre de Mary, la creadora de *Frankenstein*. Juntos, crearon un círculo literario legendario. Con tan solo 20 años, Shelley expresó sus ideas libertarias reflejadas en la obra «La reina Mab», donde expone su ateísmo, la crítica a la institución del matrimonio y a la monarquía.

En *La máscara de la anarquía*, nos muestra como los poderes del mundo, se disfrazan de ésta para dominar mejor, y la lucha del pueblo para superar esa dificultad y liberarse.

¿Puede sorprendernos esto, cuando argumentarios como el “anarcocapitalismo” o el “anarquismo filosófico” son temas hoy ya de nuestro devenir cotidiano?

La vida de Percy Shelley fue corta, pero llena de vértigo. Lo rodeó la tragedia y el dolor.

Percy Bysshe Shelley

**LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA**

Textos extraídos de:

*La máscara de la anarquía:*

Escombros con hoguera:

<https://escombrosconhoguera.blogspot.com/2013/08/la-mascara-de-la-anarquia-percy-bysshe.html>

Shelley del ateísmo a la anarquía:

Rebelión:

<https://rebellion.org/shelley-del-ateismo-a-la-anarquia/>

Edición digital: C. Carretero



Difunde: Confederación Sindical Solidaridad Obrera

[http://www.solidaridadobrero.org/ateneo\\_nacho/biblioteca.html](http://www.solidaridadobrero.org/ateneo_nacho/biblioteca.html)



Percy Bysshe Shelley

## ÍNDICE DE CONTENIDO

ANTES DE LEER “LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA”

C. Carretero

LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA

Percy Bysshe Shelley

SHELLEY, DEL ATEÍSMO A LA ANARQUÍA

Pepe Gutiérrez-Álvarez



## ANTES DE LEER “LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA”

**C. Carretero**

Cuando Shelley escribe su poema “La máscara de la anarquía” al término *an arkhé* como concepto político de significado “sin arconte, sin poder, sin dominación”, le faltan aún casi 20 años para su nacimiento, pues Proudhon no lo formulará hasta 1840. Esto quiere decir, que Shelley utiliza en este poema la palabra anarquía, en el sentido de desorden, caos e incluso terrorismo, que es el significado que le atribuye en su época (y siempre) la entonces naciente clase dominante, la burguesía.

La adscripción, por tanto, de Shelley al movimiento anarquista, viene dado por su idealismo antiautoritario, que expresó en tantos de sus poemas, y del que este en

particular, es un ejemplo notable, constituyendo un excelso canto a la libertad, es decir a “la anarquía” tal como hoy la entendemos.

El 16 de agosto de 1819, una gran multitud se reunió en la Plaza de San Pedro en Manchester, Inglaterra, para manifestarse contra el hambre, el desempleo y la falta de sufragio. Por orden del magistrado local, se ordenó a una fuerza de milicias que dispersara la multitud. El ejército, comenzó a atacar brutalmente al pueblo desarmado, dejando seis muertos e hiriendo a varios más. El incidente fue etiquetado como Peterloo, un término híbrido para San Pedro y la famosa derrota de Napoleón en Waterloo. Shelley estaba en Italia en ese momento y cuando recibió la noticia del incidente, se indignó.

El poeta está durmiendo cuando lo despierta una voz de Inglaterra que lo llama de regreso a su país de origen para presenciar la masacre que ha tenido lugar.

En el poema, Shelley expone el asesinato, el fraude, la hipocresía, diversas destrucciones y el desorden y cómo estos se disfrazan de anarquía. El terror lleva a las fuerzas armadas a través de Inglaterra, asustando a la población. Pronto, los «siete sabuesos» llegan al país, donde masacran al público inocente.

Los «siete sabuesos» probablemente representan una alianza de siete naciones que se había firmado

recientemente en Gran Bretaña y buscaba preservar la esclavitud y posponer su abolición (estaban incluidas Austria, Francia, Rusia, Prusia, Portugal y Suecia).

Mientras el grupo de enmascarados de Anarquía, «gloriosos y triunfantes» continúan destrozando Inglaterra, intoxicados con su brutalidad exitosa y su poder sobre los súbditos ciegos, Shelley continúa refiriéndose a la maldad de las autoridades gobernantes que son adoradas en su tierra. La máscara de la anarquía, según el argumento, se ha convertido en reina y emplea a sus esclavos para apoderarse del país.

Y al fin la Anarquía: venía montando  
Un blanco caballo, manchado de sangre...

Su mano agarraba un cetro brillante;  
Y sobre su frente este lema vi:  
“¡YO SOY DIOS, LA REINA, Y LA LEY!”

El poeta nunca abandona la situación específica de Inglaterra.

El líder de los poderes enmascarados es Robert Stewart, también conocido como vizconde de Castlereagh, quien fue secretario de Relaciones Exteriores británico y muy impopular y al que tras su muerte, dedico Byron el siguiente epitafio:

La posteridad nunca verá  
una tumba que más noble sea  
Aquí yacen los huesos de Castlereagh:  
Detente, viajero, y mea.

Otro tirano es “Eldon”, John Scott, o Baron Eldon, el Lord Canciller responsable de negarse a darle a Shelley la custodia de sus hijos después de que su madre, Harriet Westbrook, se suicidara.

Y más Destrucciones, muchas más marchaban  
En este espantoso desfile de máscaras,  
Disfrazados todos, incluso en los ojos,  
Obispos y jueces, espías y pares.

Lentamente, sin embargo, surge una neblina de ilusión, lo que hace revivir la esperanza y debilita el desorden.

Muchas estrofas utilizan el grito de guerra radical revolucionaria para que la gente reconozca su opresión y luche por su liberación.

El poema da un giro cuando aparece la libertad:

¿Qué es la Libertad?...

Libertad, ¿qué eres? Desde sus vivientes  
Tumbas los esclavos si a pregunta tal  
Contestar pudieran, los tiranos luego  
Huirían lejos, tal visos de un sueño

A partir de aquí, el poema se convierte en una exaltación de la liberación.

Shelley habla a los ingleses, pidiéndoles que se levanten y recuperen la verdadera libertad: «Levantaos como leones», exhorta a la rebelión contra todos los poderes, enmascarados o no.

Alzaos cual leones tras el breve sueño  
Y en tal abundancia que sea invencible.  
Librad a la tierra de vuestras cadenas,  
De ese rocío que anoche os cayera.  
Pues vosotros sois muchos y pocos son ellos.

El poema se presenta en estrofas de cuatro versos con rimas aabb, más algunas estrofas de cinco versos que riman aabbb.

Shelley representa y retrata muchos de “los pecados” del hombre (Crimen, Fraude, Hipocresía), quienes son guiados por la máscara de la Anarquía.

En *La máscara de la anarquía*, Shelley nos habla de como los poderes del mundo, se disfrazan de ésta para ejercer mejor la dominación, así como de la lucha del pueblo para superar esa dificultad y liberarse.

¿Puede sorprendernos esto, cuando argumentarios como el “anarcocapitalismo” o el “anarquismo filosófico” son temas hoy ya tan de nuestro devenir cotidiano?



## LA MÁSCARA DE LA ANARQUÍA

**Percy Bysshe Shelley**

Cuando me encontraba dormido en Italia  
Del Mar una voz llegó hasta la orilla,  
Con fuerte poder allí me arrastraba  
Hacia las visiones de la Poesía.

En este camino al Crimen hallé –  
Llevaba una máscara como Castlereagh –  
Aunque tenebroso, muy dulce miraba;  
Y siete sabuesos en sangre tras él:

Todos bien lustrosos; y bien que podían  
De tal admirable aspecto gozar,

Pues uno tras otro, y de dos en dos,  
A sus fauces lanzaba corazones humanos  
Que iba sacando de su ancho gabán.

Vino luego el Fraude, que llevaba puesto,  
Igual que Lord Eldon, un traje de armiño;  
Sus lágrimas grandes, pues tanto lloraba,  
Al caer se hacían piedras de molino.

Y los pequeñuelos, que en torno a sus pies  
Alegres jugaban de aquí para allá,  
Creyendo que joyas las lágrimas eran,  
Sus cerebros perdían de golpe por ellas.

Vestida de Biblia, cual si fuera luz,  
Y de puras sombras de la noche oscura,  
Al igual que Sidmouth, ya la Hipocresía  
Venía a caballo sobre un cocodrilo.

Y más Destrucciones, muchas más marchaban  
En este espantoso desfile de máscaras,  
Disfrazadas todas, incluso en los ojos,  
Obispos y jueces, espías y pares.

Y al fin la Anarquía: venía montando  
Un blanco caballo, manchado de sangre;  
Muy pálida estaba incluso en los labios,  
Igual que la Muerte del Apocalipsis.

Y llevaba puesta una real corona;  
Su mano agarraba un cetro brillante;  
Y sobre su frente este lema vi:  
“¡YO SOY DIOS, Y LA REINA, Y LA LEY!”

Con paso imponente y rápido ritmo  
Por la tierra inglesa marchaba a caballo,  
Hollando, aplastando, en charcas de sangre  
A la muchedumbre que la idolatraba.

Y con recia tropa a su alrededor  
Sacudió la tierra con su pisoteo,  
Y todos blandiendo su sangrienta espada,  
Al servicio puesta de su cruel Señora.

Con triunfo glorioso así desfilaban  
Altivos y alegres por toda Inglaterra,

Igual que borrachos que se embriagaran  
Con el vino malo de la destrucción.

Por tierras y pueblos, de una costa a otra,  
Marchaba el Desfile veloz y sin freno,  
Aquí destrozando, allá devastando;  
Hasta que llegaron a Londres al fin.

Y cada vecino, de miedo aturdido,  
Sintió el corazón de terror enfermo  
Al tiempo que oía el grito inclemente  
De aquella victoria de la Anarquía.

A verla vinieron con gran ceremonia,  
En traje de armas como sangre y fuego,  
Todos los sicarios, los cuales cantaban  
“Tú eres Dios, y la Ley, y la Reina.

Hemos esperado débiles y solos  
A que tú llegaras, ¡todopoderosa!  
Vacías las bolsas, las espadas frías,  
Danos tú la gloria, la sangre y el oro”.

Curas y abogados, caterva surtida,  
A tierra inclinaban sus pálidas frentes;  
Como una plegaria malvada y ahogada  
Así susurraban –“Tú eres Dios y la Ley.”–

Y luego gemían de común acuerdo,  
“Eres tú la Reina, y Dios, y la Dueña;  
Ante ti, Anarquía, nos arrodillamos,  
¡Y santificado sea al fin tu nombre!”

Y allí la Anarquía, allí el Esqueleto,  
Con una sonrisa se inclinó ante todos,  
Con tal cortesía cual si sus modales  
Millones costaran a todo el país.

Pues bien conocía que todo Palacio  
De los Reyes nuestros también era de ella;  
Y suyo era el cetro, y el orbe y corona,  
Y suyo era el manto recamado en oro.

Y pronto a sus siervos envió delante  
Para apoderarse del Banco y la Torre,

Y esto lo hacía por luego atender  
Las jubilaciones de su Parlamento.

Cuando pasó huyendo una joven loca,  
Dijo que su nombre Esperanza era:  
Aunque parecía Desesperación,  
Y al aire lanzaba la joven sus gritos:

“Ay, mi padre el Tiempo flojo y gris está,  
Esperando siempre por días mejores;  
¡Ved cómo se para igual que un idiota,  
Sus tullidas manos temblando inseguras!

Sin pausa ha tenido un hijo tras otro,  
Y a un hijo tras otro, de la muerte el polvo  
Los ha ido cubriendo, a excepción de mí –  
¡Misericordia, Misericordia! ¡Desdicha, Desdicha!”

Y luego la joven se tendió en la calle,  
Ante los caballos, al pie de sus patas,  
Y esperaba allí, con ojo paciente,  
Al Crimen y al Fraude, y a la Anarquía.

Y cuando entre ella y sus enemigos  
Se elevó una especie de niebla y de luz,  
Pequeña al principio, y débil y frágil  
Igual que vapor en una vaguada:

Y creció cual nubes en una explosión,  
Gigantes en cumbres a grandes zancadas,  
Que vuelan y ojean, y relampaguean,  
Y hablan en truenos hasta al mismo cielo.

Y surgió una Forma en cota de malla  
Más resplandeciente que escama de víbora,  
Y elevada en alas cuyas fibras eran  
Igual que la luz de un sol que lloviera.

Y sobre su casco, visto desde lejos,  
Un lucero había, el de la Mañana;  
Y todas sus plumas su luz derramaban  
Como una llovizna rocío escarlata.

Cruzó con un paso más suave que brisa  
Encima de todos –tan rápidamente

Que solo sintieron allí la presencia,  
Miraban, – y aire vacío solo encontraban.

Cual flores que al paso de mayo despiertan,  
Cual astros que bullen de noche en melena,  
Cual olas que se alzan al grito del viento,  
Ideas brotaban do el paso caía.

Y la muchedumbre descorazonada  
Miraba – y allí, la Esperanza, en sangre  
Hasta los tobillos, serena doncella,  
Allí caminaba con manso ademán:

Y la Anarquía, el horrible parto,  
Tierra muerta echaba encima de tierra;  
De Muerte el Caballo sin doma cual viento  
Huyó, y con sus cascos a polvo redujo  
A los asesinos detrás agolpados.

En tromba una luz de nubes brillantes,  
Evocación tierna para despertar  
Fue oída y sentida – y cuando acabó  
Temibles palabras y alegres surgieron

Como si en sus hijos la Tierra indignada  
Que dio nacimiento a tantos ingleses  
Sintiera la sangre en su propia frente,  
Y estremecida con dolor de madre

Hubiese mudado las gotas de sangre  
Con las que su rostro se había perlado  
En una expresión ya no soportable,–  
Cual si un alarido de su corazón:

“Hombres de Inglaterra, herencia de Gloria,  
Héroes de crónicas que no están escritas,  
Cachorros de madre de fuerte poder,  
Su propia esperanza, y también la vuestra;

Alzaos cual leones tras un breve sueño  
Y en tal abundancia que sea invencible.  
Librad a la tierra de vuestras cadenas,  
De ese rocío que anoche os cayera.  
Vosotros sois muchos y pocos son ellos.

¿Qué es la Libertad? –bien podéis decir

Que lo mismo es que la esclavitud—  
Pues su propio nombre ha crecido tanto  
Hasta ser un eco de vosotros mismos.

Es ir al trabajo y tener tal sueldo  
Que os mantenga apenas para el día a día  
Sobre vuestras piernas, igual que vivir  
A merced de tiranos en una prisión.

Vosotros así, os volvéis para ellos  
Telares, y arados, y espadas, y palas,  
Lo queráis o no, agacháis el lomo  
Para su defensa y manutención.

Es a vuestros hijos verlos desnutridos  
Mientras que sus madres venga abracadabras,  
Cuando tan sombrío el viento en invierno,—  
Ellos van muriendo, mientras voy hablando.

Y es desvivirse por una comida  
Que los hombres ricos en sus francachelas  
Les dan a sus perros que al pie de su mesa,  
Bajo su mirada, rollizos se atracan;

Es tolerar que el Fantasma del Oro  
Tome del Trabajo incluso mil veces  
Más de lo que habría su pompa podido  
En las tiranías de los viejos tiempos.

Y el papel moneda – falsificación  
De las escrituras, mas al que vosotros  
Bien le concedéis algo del valor  
De herencia de bienes como el de la Tierra.

Es ser un esclavo en el alma propia  
Y no mantener dominio ninguno  
Del propio albedrío, sino ser tan solo  
Aquello que otros hagan de vosotros.

Y para acabar, cuando os lamentáis  
Con unos murmullos débiles y vanos,  
Es ver al Tirano, su gente a caballo,  
Cómo os atropellan y a vuestras mujeres.  
La sangre en la hierba es como rocío.

Es sentir entonces la sed de venganza

Que implacablemente ansía cambiar  
La sangre por sangre – y el mal por el mal –  
Mas esto no hagáis cuando seáis fuertes.

Encuentran las aves descanso en su nido  
Cuando están cansadas de su alada brega;  
Las bestias comida en antros del bosque  
Cuando la tormenta y la nieve amenazan.

Caballos y bueyes tienen un cobijo,  
Siempre que regresan del trabajo diario.  
Los perros domésticos, cuando aúlla el viento,  
Encuentran cobijo bajo un tibio techo.

Al burro y al cerdo ruin cubil les hacen  
Y con ración propia se les alimenta;  
Y todas las cosas tienen un hogar –  
¡Inglés, menos tú, que ninguno tienes!

Tal Esclavitud – los hombres salvajes,  
Las bestias feroces, en una guarida  
No la sufrirían igual que vosotros –  
Pero tales abusos nunca conocieron.

Libertad, ¿qué eres? Desde sus vivientes  
Tumbas los esclavos si a pregunta tal  
Contestar pudieran, los tiranos luego  
Huirían lejos, tal visos de un sueño:

Tú sí que no eres, cual dice el falsario,  
Sombra que en seguida se va para siempre,  
Superstición pura, simplemente nombre  
Que la Fama en su cueva cual eco repite.

Para los obreros tú eres su pan,  
Y también el hermoso mantel de una mesa  
Que solo procede del trabajo diario  
En una morada feliz y aseada.

Y tú eres la ropa, el fuego, el sustento  
Para las legiones de gente oprimida –  
No – en las naciones que se dicen libres  
Tal hambre y miseria, no, no pueden ser  
Como en Inglaterra las vemos ahora.

Y para los ricos un freno tú eres,

Cuando está su pie encima del cuello  
De víctimas tuyas, tú realmente haces  
Que esté caminando sobre una serpiente.

Tú eres la Justicia – nunca por el oro  
Tus íntegras leyes pueden ser vendidas  
Como son las leyes aquí en Inglaterra –  
Tú lo mismo amparas a ricos y a pobres.

Tú eres la Razón – nunca un hombre libre  
Podría soñar que Dios para siempre  
Vaya a condenar al que cree falsas  
Las pamplinas todas que predica un Cura.

Y tú eres la Paz – en tu nombre nunca  
Se derramaría ni sangre ni erario  
Como los tiranos hicieron en Galia  
Cuando se aliaron a apagar tu llama.

¿Y cuando el sudor y la inglesa sangre  
Fluyeron lo mismo que en una riada?  
Oh, mi Libertad, apenas sirvió  
Para mitigarte, no para extinguirte.

Y tú eres Amor – los ricos besaron  
Tus pies, y como si a Cristo siguieran,  
Le entregan sus almas a la libertad  
Y en pos de ti van por el mundo cruel.

O vuelven sus bienes en armas y hacen  
La guerra en tu nombre querido. Del lujo,  
La guerra y el fraude – de donde sacaron  
Todo el poder suyo, el cual es su presa.

Poesía y Ciencia, y hasta el Pensamiento  
Son tus lamparillas; forman el conjunto  
De los moradores en una chabola  
Así de tranquila, nunca la maldicen.

Paciencia y Espíritu, Consideración:  
Tú eres lo que adorna y también bendice –  
Que expresen los hechos y no las palabras  
Toda tu belleza, que a todo aventaja.

Asamblea grande celébrese ahora  
De hombres sin miedo y espíritus libres

En algún paraje de la tierra inglesa  
Donde las llanuras en torno se extiendan.

El azul del cielo en todo lo alto,  
La verde campiña por la que pisáis;  
Todo cuanto debe por siempre existir,  
Sean los testigos de esta ceremonia.

Desde los extremos, los más alejados,  
Desde las fronteras de la costa inglesa;  
De cada cabaña, villorrio o ciudad,  
Donde quienes viven y sufren pesar  
Por toda desdicha, la suya o la ajena,

Desde los penales y cárceles donde,  
Blancos como muertos recién revividos,  
Mujeres y niños, jóvenes y viejos  
Gimen de dolor y lloran de frío –

Desde las guaridas de la vida diaria  
En donde se libra la diaria batalla  
Con ansias comunes y comunes cuitas

Que a los corazones siembran de cizaña.

Y por fin también, desde los palacios,  
Donde los murmullos de tanta aflicción  
Resuenan igual que el silbo lejano  
De un vendaval vivo todo alrededor.

Aquellos salones, igual que prisiones  
De lujo y de moda, donde algunos sienten  
Dolor por aquellos que bregan y gimen  
Como gemir deben sus hermanos pálidos.

Vosotros, que males sufrís indecibles,  
O bien al sentir o bien al mirar  
A vuestro país, comprado y vendido  
A un precio y un coste de sangre y de oro –

Asamblea plena celébrese ahora,  
Y con ceremonia solemne y grandiosa,  
Con justas palabras declare que todos,  
Cual Dios os ha hecho, hombres libres sois.

Que simples y fuertes las palabras sean,

Las vuestras, hirientes como espada aguda,  
Que sean también anchas como escudos,  
Para que su sombra os defienda bien.

Por doquier se esparzan todos los tiranos  
Con un estallido portentoso y raudo,  
Cual desbordamiento de todos los mares,  
Tropas y escuadrones de heráldicas armas.

Que la artillería cargada acometa  
Hasta hacer que el aire bien vivo parezca  
Con sus trompicones de ruedas tonantes  
Y con sus caballos de casco estruendoso.

Que las bayonetas caladas y agudas  
Relumbren con ansias para humedecer  
Sus puntas brillantes en la sangre inglesa,  
Voraces cual alguien dispuesto a comer.

Que las cimitarras de los caballeros  
Giren y destellen, cual desorbitadas  
Estrellas que ansían su fuego eclipsar  
En mares de muerte, en mares de duelo.

Vosotros plantaos tranquilos, resueltos,  
Como un bosque espeso que guarda silencio,  
Los brazos cruzados y con la mirada  
Como un armamento de guerra invencible.

Y que pase el Pánico, que en velocidad  
Excede en carrera a armados corceles,  
Igual que la sombra más indiferente  
Por vuestras falanges que nunca desmayan.

Que también las leyes de la tierra vuestra,  
O buenas o malas, estén con vosotros,  
Mano junto a mano, pie con pie también,  
Al modo de árbitros en cualquier disputa.

Y las viejas leyes de vuestra Inglaterra,  
Cuyas nobles testas con la edad son grises,  
Chiquillas entonces de días más sabios;  
Cuya voz solemne debería ser  
eco de la tuya – ¡alta Libertad!

Sobre quienes puedan primero violar

Los santos heraldos, en su condición,  
Descanse la sangre que vaya a brotar,  
Y sobre vosotros no descansará.

Y si los tiranos entonces se atreven,  
Dejadles que monten allí entre vosotros,  
Que rajen, que puncen, que sajen, que hieran, –  
Lo que quieran ellos, que todo lo hagan.

Los brazos cruzados y los ojos firmes,  
Y miedo muy poco, y menos sorpresa,  
Miradles a ellos, ved cómo asesinan  
Hasta que su rabia se haya consumido.

Volverán entonces con mucha vergüenza  
Hasta el mismo sitio de donde salieron,  
Y hablará la sangre derramada así  
Con rubor ardiente sobre sus mejillas.

Todas las mujeres del país entero,  
Los señalarán allí donde estén –  
Y no osarán ellos saludar siquiera  
A sus conocidos incluso en la calle.

Y los verdaderos, audaces guerreros,  
Que han abrazado el Peligro en las guerras  
Volverán a aquellos, que serían libres,  
Con la gran vergüenza de tal compañía.

Y esta escabechina para la Nación  
Hervirá con humo como inspiración,  
Vapor elocuente, humo oracular;  
Igual que un volcán que se oye de lejos.

Las palabras estas se convertirán  
En tumba estruendosa para la Opresión  
Resonando en cada corazón y mente.  
Oídlas mil veces y mil y otras mil.

Alzaos cual leones tras un breve sueño  
Y en tal abundancia que sea invencible.  
Librad a la tierra de vuestras cadenas,  
De ese rocío que anoche os cayera.  
Vosotros sois muchos y pocos son ellos.

## **SHELLEY, DEL ATEÍSMO A LA ANARQUÍA**

**Pepe Gutiérrez-Álvarez**

07/04/2015

Fuente: Rebelión

Shelley fue quizás el más avanzado de la impresionante hornada de poetas revolucionarios y visionarios británicos surgidos al calor de la obra de Godwin y de la revolución francesa (cuya decadencia lamentó aunque se negó a renunciar de sus principios como sí hizo por ejemplo Coleridge), fue altamente apreciado por Marx y otros socialistas de su tiempo, sin embargo, su nombre no ocupa el lugar que merecería en la historia de los orígenes del socialismo junto con Lord Byron.

A Shelley pertenecen frases tan rabiosamente actuales como estas:

*La riqueza es un poder usurpado por la minoría para obligar a la mayoría a trabajar en su provecho.*

*Un cristiano, un turco, y un judío, tienen derechos iguales: son hombres y hermanos.*

La denuncia romántica más elaborada y vehemente al capitalismo es sin duda la de Shelley, que sin embargo no obtuvo la repercusión que merecía, de ahí su escasa presencia en las obras de historia social. El poeta se yergue con coraje frente a una sociedad cuyas innovaciones no liberan a la imaginación. Sin ésta, el error prevalece. La crítica es una cualidad de la imaginación libre, no es un mero juicio de lo que ya se conoce. La civilización contra la cual arremete sólo produce una imaginación oprimida y errabunda. Como poeta y como hombre libre no acepta la estrechez de esta condición. Shelley basa su idea de la libertad en la libertad de la imaginación, como la libertad frente a la injusticia y la mezquindad. El amor y la imaginación van forzosamente juntos en este recorrido de ruines acechanzas. Shelley se despega de un romanticismo pútrido, que se iba modelando de acuerdo con los contratos y las negociaciones de una sociedad que no soportaba verse en el espejo. Shelley no elude la contemplación lúcida de la miseria, sin abandonar los imperativos de la libertad y su imaginación.

En el extenso drama lírico *Prometeo liberado* (1820), una suerte de continuación del «*Prometeo Encadenado*» de Esquilo, pero apartándose conscientemente de la figura de un Prometeo reconciliado con Júpiter, como intentaría representar el dramaturgo griego en la segunda y tercera parte de su trilogía prometéica, de la que sólo sobreviven fragmentos. Sin duda una de sus obras más significativas, con una estilizada conjugación de mito e historia, refiere el fin del reinado de la tiranía, el Mal y el odio (representados por la figura de Júpiter) para dar paso a una era de primacía del Bien, el Amor y el florecimiento de las Artes. La liberación del titán Prometeo se equipara a la liberación de la humanidad de las cadenas del patriarcado, la violencia y el dominio del hombre por el hombre, y la posibilidad de una nueva comunión con la Naturaleza.

\*\*\*

Percy Bysshe Shelley (Field Place, cerca de Horsham, Sussex, 1792–golfo de La Espezia, 1822), hijo de un rico baronet, de 1804 a 1810 cursó estudios en Eton, luego estudió en Oxford, donde leyó apasionadamente a Platón, Locke, Hume, pero sobre todo a Godwin. Ya mientras estudiaba en el colegio de Eton, famoso por su rigidez, Percy era conocido como «el ateo» y «el loco». Pocos años

después fue expulsado de la Universidad de Oxford (1811) por haber escrito un panfleto llamado *La necesidad del ateísmo*, y un año después tuvo que esconderse por difundir en Dublín un subversivo *Discurso al pueblo irlandés*, igualmente defendió los derechos nacionales de los galeses en su primer poema importante: *Queen Mab* (1813) demostración de la corrupción de la humanidad a causa de las instituciones y la moral convencional; en este tono continuará la mayor parte de su obra siguiente, caracterizada por una ausencia de desarrollo concreto y de razonamiento lógico. Shelley estaba interesado por los problemas sociales y políticos, pero nunca desarrolló una filosofía específica de acción.

Hijo de aristócratas de Sussex, Percy asistió a Oxford, en 1811 contrajo matrimonio con Harriet Westbrook, a quien abandonó tres años más tarde para fugarse con Mary, hija de William Godwin, cuya ideología de racionalismo anarquista ejerció influencia en el pensamiento de Shelley. La proposición que hizo por entonces de que Harriet debía convivir con Mary y con él ejemplifica su excentricidad moral y social. Al casar con Mary Godwin (después del suicidio de Harriet) mantuvo varias relaciones idealizadas con algunas mujeres, que celebró en su poesía. Residió en Italia, donde constituía el centro de un grupo de escritores ingleses, de 1818 a 1822, en que pereció ahogado en el mar en circunstancias curiosas que hacen suponer que no hizo ningún intento para salvarse.

Durante muchos años, la poesía de Shelley estuvo considerada en Inglaterra como algo casi inmencionable. Su primer poema importante se publicó en 1813: *Queen Mab*. Su tendencia a transferir sus creencias a altas y sublimadas visiones utópicas y a insuflarlas con autocompasión y un sentido moral, egoísta en el efecto, si no en el motivo, lleva al lector, del contenido particular, al tono general de su poesía. A veces hace gala de un refinamiento completamente moderno, otras de una petulancia infantil, pero invariablemente utiliza el idioma con una sorprendente facilidad, aunque a veces no exenta de laxitud.

Algunos de sus poemas, como *La máscara de la Anarquía* (1819), poseen un vigor inequívoco y horrendo y utiliza la alegoría con una directa eficacia. Pero generalmente es incapaz de resistir la inclinación a descansar en última instancia en la retórica simbólica. Más tarde tendió con mayor insistencia hacia el simbolismo y una poesía de sentimiento más que de declarado didactismo. En *Alastor, of the Spirit of Solitude* desarrolla con cierta amplitud un tema característico. El héroe del poema, puro e incorrupto, es conducido por su imaginación idealista a la búsqueda de un símbolo viviente de su visión, pero es destruido por su decepción y fracaso personales. Shelley combina aquí una actitud visionaria con otra de íntima absorción y la expresión de idealismo fracasado se convierte en un vehículo para la autoindulgencia. El poema está en verso blanco, lo que contribuye a velar toda realidad

concreta, y el lenguaje es una mezcla de exaltada pasión e imprecisa palidez. Y, sin embargo, la intensidad del poema, su falta de contención, la misma ausencia de vínculo en sus saltos de imagen en imagen, causan una honda impresión.

Sus poemas de madurez revelan el influjo de los neoplatónicos. La falta de solidez, los vislumbres de formas luminosas y cambiantes, muestran los *esfuerzos* de Shelley por expresar la posibilidad de un mundo de perfección eterna. *Prometheus Unbound* (Prometeo desencadenado, 1820), drama en verso, reitera la victoria redentora del amor, que Shelley veía como el medio de la salvación moral del hombre. *Epipsychidion* (1821) constituye la declaración más completa de su teoría de amor platónico, pero se entrecruza la autocompasión, y el poema tiene una especie de furia al sentirse el poeta incapaz de conseguir las cumbres excelsas ofrecidas por su imaginación. *Adonais* (1821), elegía a la muerte de Keats, en la que extrañamente ofrece una visión, extrañamente profética, de su propia muerte en el mar. Pero Shelley es famoso sobre todo por sus poemas más breves, en los que imaginación poética se combina con un uso más dominado del idioma, aunque aún así llega a alcanzar un trémulo éxtasis. En *Oda al viento del oeste*, *A una alondra* y *La nube* (1820), no faltan su usual preocupación por sí mismo y el vigoroso empleo de la convención patética, pero se encuentran domeñados por un ritmo seguro y un lenguaje pictóricamente vívido.

Escribió *La marselesa de los obreros* que empieza diciendo: «Hombres de Inglaterra, ¿por qué laborar para los lores, que os tienen bajo sus plantas? ¿Por qué tejer con pena y preocupación los ricos trajes que llevan vuestros tiranos?» Y que finaliza así: «Sembrad grano; pero que ningún tirano lo coseche. Hallad tesoros; pero que no los amontone ningún impostor. Tejed túnicas; pero que ningún perezoso las use. ¡Forjad armas, a fin de llevarlas para defensa vuestra!». También escribió una *Declaración de Derechos del hombre* con 31 puntos que revelan su ideario social-libertario, donde defiende el derecho a levantarse contra los gobiernos, la garantía de que nadie sea perseguido por sus ideas, a la libertad ilimitada en la expresión, y donde critica a la monarquía, el militarismo, la religión, etc.

Shelley escribió también poemas decididamente anarquistas como éste: «La máscara repugnante ha caído, queda el hombre / sin rey, liberado, generoso, nada más que el hombre / compañero sin clase ni tribu ni patria / desembarazado del temor, del culto, de la jerarquía. / ¿Sin pasiones? No, pero libre del remordimiento o del castigo.» Se opuso al bonapartismo, pero subrayó que los enemigos de la humanidad eran sus adversarios. Símbolo por excelencia del romanticismo, en la obra de Shelley se da un gran idealismo y una fe entusiasta en la futura liberación de la humanidad, pero igualmente subsiste una profunda melancolía ante la mediocridad y las desdichas de la vida

humana; en ella desempeña un importante papel el concepto de naturaleza, considerada, románticamente, como vínculo de los seres humanos con los valores absolutos.

*A Defence of Poetry* (escrito en 1821, pero no publicado hasta 1840; hay una traducción de Carlos Sahagún, en Camp de l' Arpa, Barcelona, 1974) es un breve tratado en prosa que contiene el pensamiento más maduro y elaborado de Shelley, donde defiende la validez esencial de la imaginación creadora. Ataca el mezquino utilitarismo y exalta la poesía como instrumento sin par de enseñanza y legislación moral. En su poesía. Shelley solía ser, desde el punto de vista técnico, descuidado, ingenuo y perverso. Su excelencia consiste en el hecho de que, a pesar de estos defectos, muchos de sus poemas son la expresión profunda y brillante de un idealismo apasionadamente cordial y amplio.

\*\*\*

La cuestión de la miseria social es recurrente en sus poemas (incluyendo una «Invocación a la miseria»), y aparece entre titanes, elementos del universo, hazañas y grandes cuadros de la vida. Une los estigmas sociales de una época –miseria, hambre, opresión y violencia– a las

imágenes más brillantes y magníficas del universo romántico. Su poesía no es escapista ni sublimadora, siempre afronta. El poeta posee una dialéctica combativa que consigue el efecto poético más allá de la estética romántica. La unión de su conciencia radical con su lirismo exaltado perpetúa su poesía más allá de la mistificación de la primera y la fosilización del último. Al tratar la condición miserable y oprimida del hombre en un contexto de aspiraciones estéticas, impulsos cósmicos y sentimientos sublimes, Shelley –poeta muy popular entre los obreros ingleses– restituye la dignidad de los impulsos más utópicos entre los que viven una degradación social. Shelley es quien mejor hace aparecer el cielo de la imaginación en el corazón oprimido por el deterioro de las relaciones humanas. Denuncia un mundo de teatro ruin y alelado: «Tumultos–loterías–rabia–decepción / Ginebra–suicidio–y–metodismo». Como Goethe, experimenta la inhumanidad en los propios estímulos del amor.

Shelley los encaja sin aislarlos en reflejos nostálgicos como los «*cari inganni*» de Leopardi. La imaginación sirve antes que a nada, o a nadie, a la conciencia. Por esto, la libertad de imaginación deviene un bien moral. Puede considerarse como la primera síntesis de la cultura anarquista: una sociología entre Rousseau y Godwin, una moral conceptualista de la libertad, una ciencia materialista y humanista, un ateísmo lógico y espiritual, y un naturismo pacifista. En *Queen Mab* Shelley desenmascara la apología

reaccionaria: la falsa conciencia que conlleva la idea de una naturaleza malvada, por parte de quienes no luchan contra el mal social; los «reyes que mandan y los cobardes que se arrastran».

No puede decirse que el hombre herede naturalmente el vicio y la miseria, cuando la fuerza y el fraude ya se abalanzan sobre la misma infancia. La guerra glorificada, el trabajo envilecido, el espíritu ruin, el hambre pacífica y el egoísmo hasta la abyección quieren pasar por las virtudes de una sociedad: patriotismo, laboriosidad, responsabilidad, paciencia, iniciativa. A esta falsa conciencia opone Shelley otra, no mediada por el espíritu de la propia suficiencia, el celo de la ganancia y el negocio de la prudencia.

El objetivo de Shelley no es únicamente la crítica de lo evidente, sino la crítica contra lo que puede parecer evidente, y contra el desorden que parece orden. Shelley no es un nihilista, al contrario, muestra y ataca el espíritu nihilista del capitalismo. El nihilismo es un producto de la provisionalidad, la contradicción y el avasallamiento del sistema emergente. El orden que reclama ese capitalismo no le es propio, debe mantenerse amenazado por lo que dice defenderlo. El capitalismo, con su individualismo, su desgaste de las cosas y las personas, su intimidación económica y sus caprichos mercantiles, es una amenaza para cualquier ordenamiento razonable de la sociedad. El orden histórico del capitalismo es otro: el asesinato, el fraude, la hipocresía, la destrucción y finalmente la

explotación y la dominación. En su frente está escrito: *Soy Dios, Rey y Ley*. Así comienza la reacción de Shelley a la masacre de *Peterloo*, en la que una concentración de radicales y obreros fue salvajemente atacada por las fuerzas locales de orden público. Shelley reacciona con escándalo: las leyes de Inglaterra se han construido en nombre de la libertad. El uso oprobioso de la ley contra la libertad no procede de la autoridad, sino de la dominación.

Shelley no teme, como otros románticos, el contagio de la miseria humana, el embrutecimiento de las vilezas. Su solidaridad y su imaginación no están reñidas, todo lo contrario. Su lirismo no olvida ni rehuye. Tal como Platón glosaba a la *Calamidad* con un suave andar, ya que caminaba sobre las cabezas de los hombres, Shelley trata así a la desolación: «delicada: / no anda sobre la tierra, tampoco flota en el aire, / antes pisa como en un arrullo y disipa con el silencio de una ala / las más tiernas esperanzas que los mejores y más dulces llevan en su corazón». Con esta melodía platónica, Shelley enfatiza en varias ocasiones las heridas tiernas y los sufrimientos ruborizados que en los espíritus generosos causan siempre la miseria y el terror del mundo.

En su *Rebelión del Islam*, así como en *Prometeo desencadenado*, Shelley hace muy explícita, como él mismo nos dice, *su pasión por reformar el mundo*. La intención es procurar una descripción del impulso y del esfuerzo para mejorar la condición humana en una época de «depresión y

misanthropía». No hay que olvidar que el romanticismo de Shelley, como el de Leopardi, no se integra al mundo de las revoluciones burguesas y los progresos materiales, sino al de las revoluciones traicionadas y la destrucción social de lo que se entendía por humanidad. En el *Triunfo de la Vida* (1822), poema que Shelley componía cuando murió, el acercamiento a la amargura leopardiana es mayor.

La vida se presenta en un amanecer trémulo y radiante, y se va con la desaparición de la belleza, dejando un mundo fantasmagórico y vano. *Entonces, ¿qué es la vida? –exclamé.* Este interrogante no apagado, aunque ya respondido, parece siempre presente en el lirismo amargo de Leopardi, la imaginación llena de coraje de Shelley y la estridencia humanista de Goya. El remate final del romanticismo crítico no es simple amargura o decadencia. La fuerza procede de una elección anterior: la vida, la libertad, el amor, sin acceder a la falsa conciencia. La crítica romántica a la vanagloria debe interpretarse en este contexto. No cede a la fatalidad y a la misanthropía, sino a un deseo de conocimiento y amor, que no se satisface con la huida o la falsa conciencia. Shelley peregrina sin cesar desde su *Alastor* o espíritu de soledad, cuando parece buscar todavía «extrañas verdades en tierras desconocidas, hasta su *Epipsychidion*, en el que se reivindicaban a Percy y Mary Shelley: la fidelidad a la libertad sentimientos y vivencias más naturales, como los grandes sueños del universo, y la paz, como un hecho de la imaginación, y no de la conquista o de la resignación.

Que yo sepa, el mejor trabajo publicado entre nosotros sobre Shelley, sigue siendo el André Mourois *Ariel o la vida de Shelley* (Plaza y Janés, Barcelona, 1963).